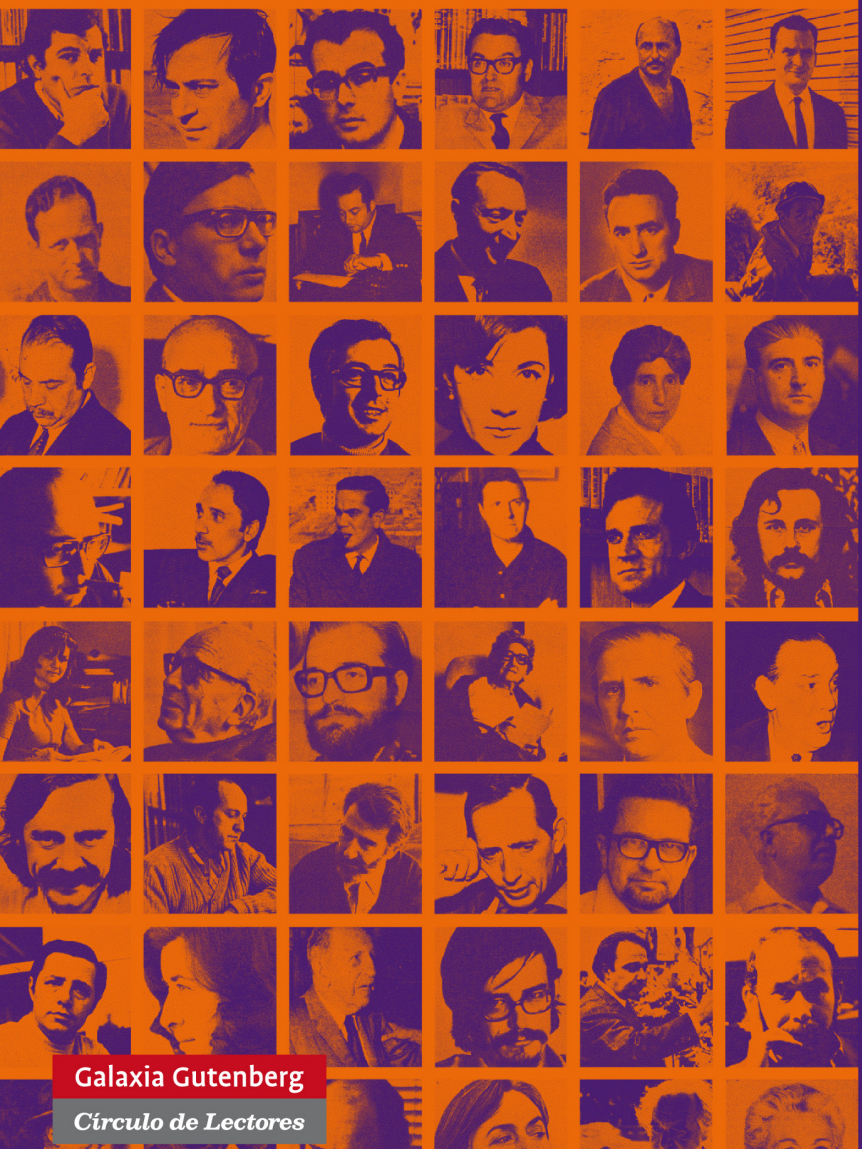
Robert Saladrigas

Rostros Escritos

Monólogos con creadores españoles de los setenta



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Robert Saladrigas

Rostros escritos

Monólogos con creadores españoles de los setenta

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Tiene que aparecer destinatario propicio porque «nuestras cosas» no se las podemos contar a cualquiera ni de cualquier manera.

Carmen Martín Gaite
(*La búsqueda de interlocutor)*

«El mundo de un escritor» puede significar tres cosas: el mundo en el cual un escritor vive; el mundo que vive; y el mundo que su obra presenta.

José Ferrater Mora
(*El mundo del escritor)*

Prefacio

Unas palabras que justifiquen la existencia y contenido de este libro son indispensables, aunque en mi mente bulle la reflexión con que Augusto Monterroso inicia su obra *La palabra mágica:* «Los libros tienen sus propios hados. Los libros tienen su propio destino. Una vez escrito –y mejor si publicado, pero aun esto no es imprescindible– nadie sabe qué va ocurrir con tu libro. Puedes alegrarte, puedes quejarte o puedes resignarte. Lo mismo da: el libro correrá su propia suerte y va a prosperar o a ser olvidado, o ambas cosas, cada una a su tiempo». Eso también puede suceder –o a lo mejor sucederá– con todo aquello que uno escribe a lo largo de su vida, sin pensar al hacerlo que vaya a sobrevivir a la acción demoledora del tiempo. Como si por causa de un asombroso prodigio los textos fuesen a caminar sobre aguas turbulentas hasta alcanzar la orilla del día de hoy.

Respecto al origen de este libro es necesario retroceder hasta la segunda mitad de los años sesenta del pasado siglo. Sucedió que empecé a colaborar en el entonces prestigioso semanario *Destino*. Entre aproximadamente los años 1968 y 1975, período de mi intensa colaboración en la revista, hice una larga serie de singulares entrevistas –unas ciento treinta– con escritores consagrados y jóvenes promesas, la mayoría narradores junto a poetas, dramaturgos, ensayistas y algún que otro activista cultural. Eran charlas planteadas con ambición de profundidad (sin magnetófono por medio, sólo bloc de notas y bolígrafo) que partían de una doble exi-

gencia: por mi parte estar familiarizado con la obra de los entrevistados, y por la suya aceptar un diálogo incondicional llevado a término sin agobios de tiempo. Es importante resaltar que vivíamos el llamado tardofranquismo, pero el régimen seguía ejerciendo una actividad represora muy intensa. De manera que *Destino* tenía serios conflictos –al igual que *Triunfo* o *Cuadernos para el diálogo*– con el ministerio de Información y Turismo, órgano de la censura que encabezaba Fraga Iribarne y sus secuaces. Por poner un ejemplo, no resultaba fácil obtener una respuesta definida, contundente, cuando pedía a los entrevistados su adscripción ideológica o militancia política. Solían parapetarse sutilmente en la ambigüedad o recurrían al eufemismo.

En este momento no sabría explicar cómo ni por qué se me ocurrió introducir un elemento de subversión en el epígrafe de la serie: Monólogo *con*… Nadie, absolutamente nadie, nunca, me reprochó el absurdo. Sólo recuerdo mucho más tarde un comentario divertido del inolvidable Carlos Castilla del Pino. El caso es que el primer Monólogo fue *con* Gabriel García Márquez, publicado en el número 1.626 de *Destino* de fecha 30 de noviembre de 1968. Me propuse un diseño de entrevista decididamente personal, de inspiración más literaria que periodística, sin preguntas convencionales que iban implícitas en las respuestas del personaje e invocaban el discurso y el ritmo de un falso monólogo que, por supuesto, en ningún momento buscaba confundir a los lectores. Ahora bien, el tipo de estructura y el montaje me permitían incluir mi visión (subjetiva, claro está) de la persona con la que hablaba –casi siempre durante varias horas–, ofrecer datos de su gestualidad al mismo tiempo que describir el lugar y la atmósfera de cada encuentro, y contrastar sus autoanálisis con mis opiniones de lector.

La elección de los autores entrevistados no era arbitraria sino determinada (más o menos) por un motivo de actualidad, ya fuera la salida de un nuevo libro, algún premio reciente, quizás formar parte de un movimiento significativo, aunque fugaz, como el que en los setenta se llamó Nueva

Novela Andaluza representada por Alfonso Grosso, Manuel Barrios o un joven, ambicioso y combativo Antonio Burgos… Al fin y al cabo se ha de tener en cuenta que *Destino,* lejos de ser una revista especializada en literatura, era un medio periodístico de primer nivel en el que colaboraban profesionales ilustres e incluía en sus páginas comentarios políticos nacionales e internacionales, grandes reportajes y secciones de cine, teatro, música, artes plásticas, deportes. Para mí, que en aquellos tiempos era muy joven y devoto –lo sigo siendo– de la literatura, contactar con casi un centenar y medio de autores entre los mejores de la época, hurgar en sus caracteres y escrituras, iniciar con bastantes de ellos amistades perdurables, constituyó una experiencia enriquecedora que tuve la suerte de poder vivir a fondo: nunca agradeceré bastante a quienes –Josep Vergés, Néstor Luján, Joan Teixidor– me ofrecieron la oportunidad y la plataforma idónea para llevarla a cabo sin cortapisas. Hoy no sería posible; la razón es que no existe en el ámbito de la comunicación escrita un espacio que pueda dar cobijo y proyección a algo similar. Lo cierto es que aprendí mucho en una fase temprana del oficio (a la manera pavesiana) de vivir y de asumir el compromiso más absoluto con la literatura y el periodismo.

La suma total de los *Monólogos* incluye autores de expresión castellana y catalana, una lista de figuras incuestionables de la literatura latinoamericana –entonces en plena ebullición desde la órbita de Barcelona– y unas pocas luminarias europeas, entre las cuales el Nobel griego Giorgios Seferis, el rumano Eugène Ionesco, el suizo Max Frisch, los franceses Edmonde Charles-Roux y Maurice Duverger, el escocés Bruce Marshall y la italiana Oriana Fallaci. Luego, cuando en 1975 dejé de colaborar en *Destino,* me enfrasqué en una novela compleja y desatendí estúpidamente propuestas editoriales para reunir todas o una amplia selección de las entrevistas en un par de volúmenes. De manera que archivé los recortes del semanario y poco a poco «casi» conseguí olvidarme de los *Monólogos,* salvo que de vez en cuando alguien me reprochaba verse obligado a recurrir a las

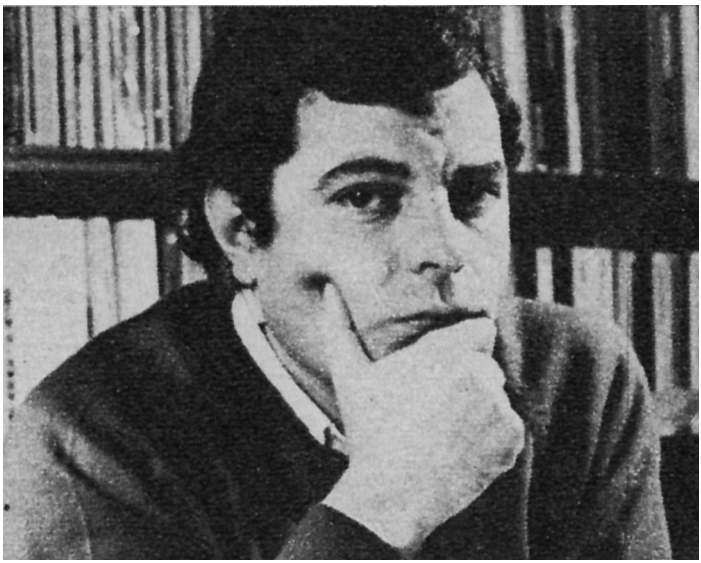
hemerotecas. Hasta que a principios de 2012, estimulado por Diana Zaforteza, de Ediciones Alfabia, publiqué los *Monólogos* con narradores latinoamericanos –veintiuno en total– con el título de *Voces del «boom»*. Es un libro que desde la fecha de su aparición me ha proporcionado numerosas satisfacciones, la mayor de ellas el hecho de comprobar que más de cuarenta años después, por supuesto que debidamente contextualizados, los textos (sin enmiendas) conservan su plena vigencia histórica.

Ese resultado alentador me ha llevado ahora a recopilar cuarenta y nueve *Monólogos con* escritores españoles –otros cuarenta y dos de expresión catalana quedan para un próximo volumen en que recuperarán su lengua original–, realizados en el período comprendido entre abril de 1970 y noviembre de 1974. El índice de autores no es completo –no podía serlo– pero sin duda que la valía de todos los que están urde un testimonio hoy impagable del panorama intelectual español de los primeros años setenta del pasado siglo. Figuran desde nombres rutilantes y recién llegados que apenas habían publicado sus primeros títulos de narrativa, a representantes de la literatura del exilio, poetas, autores de teatro y ensayistas. A través de todos ellos, organizados siguiendo el orden cronológico de publicación y reproducidos sin apenas introducir correcciones (ni siquiera para aliviar ciertos giros sintácticos), al lector tal vez puede interesarle observar el proceso de elaboración o *work in progress* formal de los *Monólogos* a medida que con el tiempo iban consolidando su espacio en las páginas de la revista dedicadas a la literatura. Basta contrastar la forma y brevedad de los primeros *Monólogos* de 1970, con independencia de la categoría de los interlocutores (Juan Marsé, José Agustín Goytisolo…), con, por ejemplo, los de Miguel Delibes fechado en 1972 y Carmen Martín Gaite en 1974. El modelo de entrevista es el mismo pero el alcance y la intensidad del contenido varía sensiblemente.

Vistos desde la distancia de los cuarenta años transcurridos, debo admitir que me siento orgulloso del trabajo que

aquellos días realicé con entusiasmo juvenil. Me reconforta pensar que un material tan *viejo* pueda seducir al lector de hoy, aunque tal vez el nombre de alguno de los que hablan ni siquiera le suene. Incluso en estos casos abrigo la esperanza de que los discursos o relatos vitales, estéticos, sociales, políticos, morales de todos y cada uno de ellos activen su interés, y a partir de ahí consideren que ha merecido la pena rescatarlos de la oscuridad de los archivadores. En mi opinión, ese «casi» medio centenar de autores reunidos en un instante preciso de sus biografías y en el contexto de aquella época de contornos todavía hirientes, son la encarnación de una literatura asediada por las tensiones de una tiranía a la que se propuso sobrevivir y está claro que –mérito de ellos y de otros muchos como ellos– se salió con la suya. Lean lo que entonces tenían que decir y cómo se las arreglaban para decirlo de manera que sus testimonios fuesen inteligibles y sin duda valiosos. Aún en el día de hoy.

Robert Saladrigas
(Enero 2014)



Juan Marsé (1933)

Le descubrí literariamente allá por el 1960, cuando acababa de publicar su primera novela, *Encerrados con un solo juguete*. El libro mostraba notables irregularidades de lenguaje, pero me interesó sobre todo por el planteamiento valiente que hacía de un determinado tipo de juventud de clase media, abocada irremisiblemente al aburrimiento, girando como obsesos en torno al sexo y haciendo gala de una falta de imaginación creadora literalmente aplastante. Eran seres vivos, de entidad precisa y muy próxima los que dibujaba Juan Marsé a sus 27 años. Vino después *Esta otra cara de la Luna,* fechada en 1962, cuando Marsé residía en París. La obra, mucho más endeble que la primera, se alistaba de lleno en los presupuestos del realismo histórico, tan denigrado últimamente por la crítica progresista del país. Y ya en 1966 aparecía *Últimas tardes con Teresa,* premio Biblioteca Breve 1965, la más convincente y profunda novela de Marsé que algunos, en los últimos tiempos, han dado en considerarla novela-símbolo de la generación nacida con anterioridad a la guerra civil, pero cuya problemática se identifica e identifica los ambientes y circunstancias de la posguerra.

–Te digo sinceramente que a mí todo eso me importa un verdadero comino. Ni tan siquiera me había enterado de que alguien tomara la «... Teresa» como novela símbolo de algo. Todo junto, ese afán de crear compartimientos generacionales, de sustituir unos mitos viejos por otros, de renegar del realismo para volver quizá tarde o temprano a él, la interpre-

tación sociológica de los tebeos, el utilizar en serio los términos «in» y «camp», todo me parece una enorme, una apabullante coña. Yo vivo apartado de este jaleo. Trabajo y escribo. Eso es todo. No me interesa lo más mínimo que hablen de mí, ni suelo conceder entrevistas. Con los años y la manera como funciona todo en este país, lo he ido superando, como he superado ese afán que algunos demuestran por acumular una obra sólo importante en grosor. Me importa un pito. Trabajo muy lento yo, pero hago estrictamente la obra que deseo hacer. El mes entrante saldrá una nueva novela con un título muy largo: La oscura historia de la prima Montse. *Y he comenzado otra sobre la historia de un alférez provisional lisiado, que no sé cuándo concluiré. Todo cuanto exceda de mi trabajo, las pompas de jabón, las fantasías publicitarias, las modas, el perder tiempo charlando en vez de emplearlo produciendo, todo eso me trae sin cuidado.*

Tengo por primera vez a Juan Marsé ante mí. Ronda los 37 años y es de estatura regular, el cabello negro rizoso, los ojos ligeramente empequeñecidos, de mirar sincero que se apoya en la voz, de acento abierto, para inspirar confianza e invitar a la amistad. Algo muy sutil se desprende de Juan Marsé que le hace a uno desear granjearse sus simpatías. Tal vez sea descubrir que está exento de «pose»; la certeza de que no es ni ha sido uno de tantos hijos de buen burgués, con ínfulas contestatarias, respaldado por el inevitable soporte familiar. Marsé ha trabajado siempre al margen de su quehacer literario. Primero en un taller de joyería, después marchó a París y luego como vendedor de libros, crítico de espectáculos, camarero, más oficios diversos, y ahora se encarga de la jefatura de redacción de una revista, *In,* que todavía no ha salido a la palestra. Juan Marsé es un auténtico hombre del pueblo, generador de sus propias ideas, que ha logrado superar complejos y superfluidades y no esconde una segunda cara.

–Hay quien no entiende que siendo catalán, de la misma Barcelona, sea autor en lengua castellana. No sabría qué responderles. Creo que, con todo, sigo siendo un escritor

catalán. Mis obras, mis personajes, están profundamente enraizados en este país antiguo. Los que se mueven en Últimas tardes con Teresa *sólo tienen su razón de ser en Barcelona. Si los hubiera focalizado en Madrid, por ejemplo, su comportamiento habría sido muy distinto. Es más, fíjate que siempre describo y cito los lugares, las calles por donde deambulan. Cuando en «...Teresa» describía la barriada del Carmelo, no puedes imaginar el trabajo que me dio. Eso de concretar hasta la minucia los lugares, en mí es una obsesión. Yo me siento catalán y creo que mis novelas son catalanas como lo son mis personajes, digan lo que digan. ¿Que no quieren reconocerlo porque no utilizo la lengua en la que me expreso verbalmente? Lo siento. Eso también lo tengo superado. Estoy ya de vuelta. Lo único que me interesa de veras es conseguir que mi obra posea el máximo valor que exijo de mí mismo.*

Fuma mucho Juan Marsé. Y se expresa con vehemencia, con una mezcla de pasión y escepticismo. Ahora, con su nuevo empleo, ha ganado las mañanas para dedicarlas a escribir. Es lo que ha deseado a lo largo de muchos años, pero no sabe cuánto va a durar. También en eso se muestra escéptico. Tiene esposa y dos hijos. Es muy probable que tarde o temprano se vea obligado a ejercer de nuevo alguno de los oficios varios que ya conforman su experiencia. No le importará, estoy seguro. Juan Marsé sabe lo que quiere. Y paso a paso, lentamente, escribe sus novelas. Encarna el simplismo y la complejidad del novelista. Es, por encima de todo, fiel a sí mismo.

Destino, nº 1.699
25 de abril de 1970

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2014

© Robert Saladrigas, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 28950-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-80-9
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5806-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)